

Clubes Sociales: Espacios de reconstrucción y consolidación de identidades urbanas*

Virginia Cáneva
F.P. y C.S. CIED en Ciencias Sociales- UNPL
Hernán Mendoza Jaufret
FP y CS.- UNLP

Introducción

El presente artículo es un adelanto de la tesis que desarrollamos en la actualidad y que -en términos generales- tiene por finalidad la de establecer los cambios y continuidades en las características de los clubes de barrio de la ciudad de La Plata. Se busca el objetivo de evaluar el papel que cumplieron estos espacios al generar diálogos transgeneracionales, interculturales, apropiación identitaria y compromiso cívico-político. Nuestro análisis se basa principalmente en el trabajo de campo realizado en tres instituciones: los clubes Platense, Instituto y For Ever.

Para arribar a los objetivos propuestos se han incorporado conceptos y problemáticas procedentes de la psicología y la antropología social, como por ejemplo la cuestión de la identidad, del imaginario, la subjetividad y el espacio público. Se intenta, además, utilizar herramientas teórico-conceptuales de la Comunicación que guían el trabajo general. No obstante, en este artículo desarrollamos la cuestión de las identidades sociales, en relación al club social como espacio de interacción y de formación/consolidación de vínculos interurbanos.

Genéricamente hablando cabe destacar el interés que despierta en nosotros el análisis de la ciudad, sus instituciones formales e intersticiales, los vínculos sociales que la crean y recrean, así como las subjetividades que la dotan de sentido. Del mismo modo, buscamos indagar acerca de las identidades que se configuran en los diferentes procesos históricos, plagados de crisis, contradicciones, luchas, negociaciones, acuerdos y desacuerdos. Tales inquietudes confluyen en

una preocupación por la comunicación en tanto interacción social, disciplina que alienta al análisis de los vínculos sociales como actos comunicativos que se producen en la ciudad, en general, y en los clubes sociales, en particular.

La selección de tales espacios se debe a que, como formaciones intersticiales alternativas a espacios instituidos, los clubes sociales se instauraron desde su fundación como espacios barriales y comunitarios, creando sólidos vínculos vecinales. Tales vínculos fueron prácticamente desmantelados por las prácticas represivas implementadas por los gobiernos dictatoriales, ya que éstos provocaron el repliegue de la sociedad y de los individuos al ámbito de lo privado. Dicha situación se profundizó a raíz de la implementación de políticas neoliberales que promovieron el individualismo y el debilitamiento de todos los ámbitos de discusión y diálogo colectivo.

Para comprender el fenómeno de los clubes sociales en la ciudad de La Plata, proponemos detenernos en algunos aspectos históricos que tienen que ver con su gestación y principal crisis. Esto es, el club social como institución que cobró fuerza en el marco de lo que se concibió como el modelo de *Estado Benefactor*, resquebrajado con la irrupción y el cambio que produjo el modelo Neoliberal.

Los clubes sociales platenses

Históricamente, los clubes sociales comenzaron a organizarse con la afluencia de la migración ultramarina, principalmente europea, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Luis Alberto Romero (1987) considera que a partir de este fenómeno inmigratorio se produjo un cambio profundo del conjunto de la sociedad y en especial en los sectores populares, que se transformaron sustancialmente. La inmigración masiva dio como resultado una población diversa, fluida e inestable, sobre la cual este autor destaca algunos factores que influyeron para su homogeneización: el compacto asentamiento en viviendas populares, algunas profundas experiencias comunes como el hacinamiento, la crónica inestabilidad del empleo y la segregación social y política, reforzada por su condición de extranjeros.

En el complejo proceso de constitución de la identidad de este conjunto social, Romero destaca la influencia que tuvo la mirada del Estado, de la elite y de los intelectuales anarquistas:

“El Estado se propuso educar y disciplinar a los sectores populares y constituir en ellos la identidad del habitante y el ciudadano (...) Construir el Estado era también construir un consenso básico en una sociedad extraña; tal la imprescindible función de la escuela (...) Esta circunstancia potenció la acción de los anarquistas, empeñados en construir una identidad diferente y alternativa de la que proponía el Estado, a partir de un registro que enlazaba en las experiencias espontáneas de la masa de los trabajadores, extranjeros, analfabetos y escasamente integrados. El carácter extranjero de los trabajadores incidió también en la nueva mirada de la elite, que surgió cuando los conflictos agudos mostraron que no todo era idílico en la inmigración, y se dirigió contra los extranjeros que no participaban de las tradiciones nacionales ni procuraba asimiladas, el desagradecido y el peligroso.”(Romero, 1987, pp. 215-216)

Es precisamente a partir de la compleja dinámica de estas tres fuerzas, sumada a las tradiciones propias de cada colectividad y las experiencias compartidas, como fue surgiendo la identidad de los sectores populares, en un proceso contradictorio y nunca acabado. Un aspecto clave que lo condicionó fue el hecho de que el conjunto social resultante de la inmigración carecía de articulaciones definidas, de sistemas de relaciones estables, de puntos de reunión e intercambio. Una de las principales instituciones que asumió esas funciones de solidaridad y cooperación entre familias y vecinos, fue el club social, cuyos antecedentes en la ciudad de La Plata fueron las sociedades de inmigrantes. En 1882 se fundó la sociedad *Unione e Fratellanza* y la *Sociedad Española de Socorros Mutuos*, y en 1885 la *Unione de Operari Italiani*. La creación de ese tipo de sociedades significó para el inmigrante, el apoyo proporcionado por su propia comunidad anclada en el país receptor.

Entre 1882, fecha de fundación de La Plata y 1976 se fundaron 63 Clubes Sociales. De esos clubes, 42 surgieron entre 1910 y 1940, mientras que sólo 7 se fundaron entre 1950 y 1970. En sus orígenes, estas instituciones se plantearon finalidades de carácter deportivo pero, al originarse en sociedades de inmigrantes, se tornaron herederas del objetivo que convocaba a sus antecesoras: fomentar la cultura. Es por ello que la mayoría se proclamó como *Club Social de Fomento Cultural y Deportivo*. Como proyectos cooperativos, los clubes de barrio estaban dirigidos por un directorio que, por lo general, según el estatuto interno de cada entidad, se renovaba cada cuatro o seis años. Si bien se solventaban por el cobro de una cuota mensual a los miembros, se organizaban diversas actividades recreativas no sólo destinadas a recaudar fondos, sino también como parte de sus *actividades culturales*.

En el período que va entre las dos guerras mundiales, Romero considera que llegó a consolidarse una nueva identidad de los sectores populares, en algún punto más conformista, menos contestataria, como resultado de un conjunto de procesos de base de la sociedad argentina. Entre estos procesos, el autor destaca la *argentinización* de los extranjeros (que provocó cortes generacionales y culturales), el vasto proceso de movilidad social (que llevó a algunos a la casa propia, el hijo universitario, desdibujando los límites de los estratos) y la movilidad ecológica de los trabajadores (que se repartieron, poblando los barrios de la ciudad). Romero señala que:

“Estos procesos constituyeron una imagen colectiva de una sociedad abierta, en la que el “nosotros” originario, segregado y contestatario, tendía a disgregarse en una multitud de sujetos singulares que pugnaban por su destino individual.”(1987, p. 217)

Pero lo destacable es que aquellas experiencias barriales espontáneas de colaboración y progreso fueron moldeadas por mensajes coincidentes. Tanto desde el Estado como desde los medios de comunicación, *“se ejerció sobre los sectores populares una fuerte presión para la integración en el marco de la movilidad, proponiéndole modelos*

aceptables, como el de la familia tradicional, el ascenso aceptado o los valores establecidos”(1987, p. 218). Los ámbitos de constitución, donde esos mensajes y experiencias se reelaboraban y compartían, fueron los mismos de la sociedad barrial: cafés, sociedades de fomento, clubes y bibliotecas populares. Como institución central de la vida cotidiana del barrio, al club social asistían familias de clase media, ya sea de obreros, empleados públicos o pequeños comerciantes, por lo cual muchos clubes estaban íntimamente relacionados con la actividad sindical y partidaria. Los hombres se reunían a jugar a las cartas, al billar, la paleta o las bochas, generándose intensos debates sobre la vida ciudadana. En su período de apogeo, el club social constituía el principal punto de reunión de los vecinos de todas las edades, generando un fuerte sentido de pertenencia identitaria y consolidando lazos de solidaridad entre sus miembros.

Es en el período que va de la década de 1960 a la de 1970 cuando el Club Social comenzó a transitar su etapa de decadencia. Por un lado, el país se sumergió paulatinamente en el modelo neoliberal, lo cual impulsó prácticas individualistas a ultranza que atentaron directamente contra los principios cooperativos de los Clubes Sociales. Es por estas razones que ya que a finales de la década del 60 los bailes de salón y las actividades de *fomento a la cultura* prácticamente se fueron dejando de organizar. Por otra parte, ese proceso en nuestro país fue llevado adelante por gobiernos dictatoriales que, al implementar políticas fuertemente represivas, contribuyeron al repliegue de la sociedad al ámbito privado, en desmedro de las actividades realizadas en los espacios públicos

Qué nos preguntamos sobre los clubes

Teniendo en cuenta la importancia que históricamente tuvieron los clubes sociales como espacios de creación y recreación de vínculos urbanos, nos preguntamos: ¿Qué lugar ocupan en la actualidad los clubes sociales en la Ciudad de La Plata? ¿Qué rupturas y continuidades se producen con la irrupción de la posmodernidad?

De este problema principal se desprenden los siguientes interrogantes:

-¿Qué características de los Clubes Sociales de la ciudad de La Plata perduran y cuales cambiaron en relación a su proceso histórico de gestación y actual transformación de sentidos?

-En el marco de esta crisis de sentidos planteada por la posmodernidad, ¿qué posibilidades u oportunidades tienen los Clubes de desplegar estrategias que les permitan fortalecer su lugar en el nuevo entramado urbano?

-Los vínculos que establecen los socios con el club, ¿constituyen lazos de pertenencia identitaria, o bien toman la forma de relaciones de consumo, oferta de actividades y demanda de servicios?

-En el escenario actual ¿pueden los clubes sociales conformar ámbitos de creación y recreación de vínculos interurbanos y barriales?

Esbozo teórico para comenzar a reflexionar

La ciudad

En términos generales podemos asumir que la ciudad es el escenario en el cual, se proyectan los usos y representaciones de sus habitantes, transmitiendo a su vez *“un conjunto de significaciones sociales, culturales, estéticas, que se plasmarán en itinerarios, proyecciones, imágenes, rituales. Se conformará así un entretejido de creaciones coexistentes, diversas, heterogéneas”* (Wallace y otros, 1996). En ese mismo sentido Jorge Huergo señala que, en cuanto campo o compleja trama de equipamientos socioculturales y políticos, la ciudad nos habita: *“estamos inmersos en ella, habitados por ella, nos conforma como sujetos y al mismo tiempo es habitada por nosotros: estamos invirtiendo en ella, recorriéndola, otorgándole sentidos, en cuanto ella es trama y a la vez escenario”* (Huergo, 2000, p. 33).

En consecuencia, es importante y pertinente asumir el estudio de la ciudad, así como investigar cómo todo lo que está implantado en ella se va recreando, transformando y redimensionando incluso frente al ciclo vital de los sujetos. Es decir, tal reto significa *“reconstruir el sistema complejo de relaciones sociales espacializadas, su dimensión histórica y los procesos de identidad que esto conlleva”* (Wallace y otros, 1996). En este sentido, analizar unidades de distinguibilidad como los Clubes

Sociales, nos permitirá abordar la apropiación e interiorización del complejo simbólico-cultural que encierra la ciudad. Es decir, poder observar la conformación y transformación de subjetividades, procesos identitarios, vínculos vecinales / comunitarios, diálogos transgeneracionales e interculturales.

Una mirada desde la comunicación

Para estudiar fenómenos tan complejos desde la comunicación, es indispensable hacernos algunas preguntas que orienten el debate y nos permitan analizar esta dimensión de la cultura en toda su complejidad. En primer lugar, debemos preguntarnos si consideramos a la comunicación solamente como los mensajes emitidos por los medios masivos o si constituye más bien un aspecto inherente a las relaciones humanas, las interacciones sociales y las expresiones culturales. A partir de este interrogante es posible abrir la discusión acerca del papel que ocupa la comunicación en la construcción de las identidades, como así también los procesos de interpelación y de reconocimiento inherentes a toda práctica social. El papel que cumplen los sujetos en la comunicación también es un aspecto que debe ser analizado detenidamente: las condiciones de producción y de reconocimiento de un discurso, el papel activo de cada uno de los sujetos que intervienen, los condicionamientos y las posibilidades de resignificación y de reapropiación de los textos. El análisis crítico del lugar que ocupa cada uno de los sujetos del proceso de comunicación tiene una importancia central para comprender el carácter dialógico de la comunicación y la dinámica de la negociación social de sentido, caracterizada por el choque, el consenso y el conflicto entre posiciones desiguales y divergentes.

Como afirma Jesús Martín Barbero, la comunicación es un espacio estratégico para comprender algunas de las transformaciones más de fondo de nuestras sociedades (Martín Barbero, 1987). Dejar de identificar el proceso y las prácticas de comunicación únicamente con el fenómeno de los medios es lo que nos permite empezar a estudiar y valorar culturalmente la multiplicidad de los modos y formas de comunicación de la gente. Es por eso que este autor propone pensar la comunicación

desde la cultura y las mediaciones. Del mismo modo podemos retomar las palabras de Héctor Schmucler, para quien:

“la comunicación no es todo, pero debe ser hablada desde todas partes; debe dejar de ser un objeto constituido, para ser un objetivo a lograr. Desde la cultura, ese mundo de símbolos que los humanos elaboran con sus actos materiales y espirituales, la comunicación tendrá sentido transferible a la vida cotidiana. (Schmucler, 1982)

Esta mirada nos invita a pensar a la comunicación como emergente de las prácticas cotidianas en las que los sujetos sociales están inmersos. Resulta imposible separar a la comunicación del proceso de construcción y consolidación de los procesos identitarios ya que es a partir de esta producción, reproducción y transformación de sentido que cobran forma las identidades, las relaciones de poder y las zonas de clivaje y conflicto. La comunicación aparece entonces como una instancia de diálogo, de puesta en común, de relaciones de fuerza y, por lo tanto, de negociación. En este sentido nos parece válido para nuestro estudio sobre los clubes sociales de la ciudad de La Plata, el pensar y estudiar a la comunicación desde las prácticas concretas de los sujetos.

Cuando hablamos de identidad, hablamos de un proceso de múltiple direccionalidad que no se da sólo de manera vertical, sino que contempla variadas interacciones. Según el desarrollo teórico de Gilberto Giménez son tres elementos diferenciadores que participan en la conformación de la identidad de los sujetos sociales:

- La pertenencia a una pluralidad de colectivos
- La presencia de un conjunto de atributos idiosincráticos
- Una narrativa biográfica que recoge la historia de vida y la trayectoria social de la persona considerada (Giménez, 1997)

Estos tres elementos interactúan en forma dinámica ya que según Berger y Luckman:

“la identidad se haya en relación dialéctica con la sociedad por lo que constituye un elemento clave de la realidad subjetiva. La

identidad es mantenida, modificada o reformada por las relaciones sociales. A su vez, las identidades producidas por la interrelación entre organismo, conciencia individual y estructura social, actúan sobre esta última manteniéndola, modificándola o reformándola” (Berger y Luckman, 1979).

Es en este mismo sentido que Giménez señala que *“la identidad de un actor social emerge y se afirma en la confrontación con otras identidades en el proceso de interacción social, lo que implica frecuentemente relaciones desiguales y por lo tanto, luchas y contradicciones”* (Giménez, 1997).

En primer lugar, en nuestro acercamiento al campo buscamos hacer un reconocimiento de la zona de influencia de los clubes barriales seleccionados para el análisis, dando cuenta de las condiciones socioeconómicas del barrio y de los principales puntos de referencia y espacios de interacción, prestando atención a la manera en que el club se inserta en su contexto. Del mismo modo, tuvimos en cuenta las características edilicias: el estado de conservación, la distribución de los espacios, el equipamiento, etc.

En el club For Ever observamos que, como producto de una serie de refacciones relativamente recientes, se destacan tres áreas principales: el buffet, el gimnasio y la cancha de fútbol 5. El traslado del buffet desde el interior hacia el frente del predio responde al interés comercial de tener un mejor acceso para los clientes. En tanto, la desaparición del salón y su reemplazo por un gimnasio, tiene que ver con la decadencia del interés por las actividades sociales que allí tenían un lugar privilegiado. Finalmente la sustitución de la cancha de básquet por una de fútbol que se alquila por turnos, se relaciona con una decisión de enfocarse en un solo deporte, el cual pasa a constituir un elemento importante de la autoidentificación; como nos dijo su presidente: *For Ever es un club de fútbol.*

Otro aspecto desde el cual abordar la comunicación es la observación del funcionamiento y de la organización interna de cada club. La composición de la comisión directiva, la cantidad de miembros que participan en las decisiones del club y la vinculación con otras

instituciones del barrio, brindan elementos para analizar el grado de *apertura institucional*. En algunos de los casos analizados, como el Club For Ever, hemos dado con estructuras rígidas en las cuales se nos dificultaba el acceso a la información que nos interesaba. En el club Platense, por el contrario, fuimos recibidos con entusiasmo y se nos prestó colaboración en todo lo que necesitamos: se nos facilitó el acceso a documentos históricos como los libros de actas, registros de socios y fotografías, al tiempo que varios miembros de la comisión directiva se prestaron para entrevistas y consultas.

Estas diferentes actitudes hacia un actor externo que se interesa por la vida del club guarda relación con una diferente *apertura* de cada institución hacia el resto de la sociedad, la cual también nos dice algo acerca de las relaciones que el club entabla con las personas que se acercan a este espacio, con el barrio y con la comunidad. En las instituciones que manifiestan una mayor apertura al interior de su organización, observamos además una convivencia e integración de personas de varias generaciones, las cuales participan activamente en un proyecto común. Por el contrario, en los clubes en los que se presenta una menor apertura institucional, como en Instituto, la comisión directiva se compone de personas mayores de sesenta años y la participación de los jóvenes escasa o eventual. Este tipo de detalles y características de cada institución son los que nos van a permitir elaborar un análisis acerca de las diferentes relaciones de comunicación, pertenencia y participación que dan cuenta de la constitución de diferentes vínculos y procesos identitarios.

De lo general a lo particular: Sistemas nacionales y globalización

Para poder dimensionar la incidencia de la globalización en el proceso de decadencia del club social es necesario primero observar las complejidades que implica el cambio de un modelo de pensar y vivir la sociedad a otro que se encuentra en gestación. David Harvey (1990) comprende lo expuesto como el tránsito del modelo fordista de acumulación del capital, a uno de características de acumulación flexible. El primero se caracteriza por un sistema de producción tecnológica por

línea de montaje que se sustenta en mano de obra sindicalizada y por la intervención de un Estado fuerte que se encarga de la seguridad social, salud, educación y vivienda, asegurando la inversión del capital mediante rígidas políticas fiscales y monetarias. Ese sistema, que llega a su apogeo en el período de posguerras, comienza a resquebrajarse con la recesión económica de 1973 provocada por la aceleración del régimen de acumulación capitalista. Harvey interpreta que:

“La acumulación flexible, se señala por una confrontación directa con las rigideces del fordismo. Apela a la flexibilidad con relación a los procesos laborales, los mercados de mano de obra, los productos y las pautas de consumo. Se caracteriza por la emergencia de sectores totalmente nuevos de producción, nuevas formas de proporcionar servicios financieros, nuevos mercados y, sobre todo, niveles sumamente intensos de innovación comercial, tecnológica y organizativa” (Harvey, 1990, p. 170/171).

En consecuencia, el autor marca que la modalidad flexible de acumulación del capital, implica un retroceso del poder de gestión del sindicalismo, con consecuentes modalidades desventajosas de incorporación laboral al mercado; acrecentamiento de las desigualdades sociales debido a que se ensancha la brecha de excluidos. A esto se le suma que se le otorga mayor autonomía a los sistemas financieros en detrimento del poder estatal, teniendo fuertes consecuencias en los llamados países tercermundistas. De allí que:

“Para empezar la flexibilización del capital, acentuó lo nuevo, lo transitorio, lo efímero, lo fugitivo y lo contingente, de la vida moderna, y no tanto los valores más sólidos implantados con el fordismo. Así como la acción colectiva se ha vuelto más difícil – y este ha sido sin duda un objetivo central del impulso hacia el refuerzo del control sobre la mano de obra-, el individualismo desenfrenado encuentra su lugar como una condición necesaria, aunque no suficiente, para la transición del fordismo a la

acumulación flexible. Pero (...) también en estas épocas de fragmentación e inseguridad económica el anhelo de valores estables lleva a una acentuación de la autoridad de las instituciones básicas: la familia, la religión, el Estado” (Harvey, 1990, p. 196).

Por lo expuesto, el emergente sistema capitalista de acumulación flexible no se puede comprender solamente como un *nuevo* régimen político-económico sino que, como sucedió con el fordismo, implica también, un nuevo sistema de reglas, es decir, un nuevo orden hegemónico. Con esto nos referimos a que la sociedad se orienta a recrear imaginarios que le posibiliten vivenciar como coherente y ordenado un sistema contradictorio e inestable.

Esto último no se puede comprender meramente mediante un análisis de la dinámica de los mercados y los modos de transacción sociales sino que, como interpreta Harvey, el proceso descrito:

“Ha entrañado además una nueva vuelta de tuerca a la ‘compresión espacio-temporal’ en el mundo capitalista: los horizontes temporales para la toma de decisiones privadas y públicas se han contraído, mientras que la acumulación satelital y la disminución de los costos del transporte han hecho posible una mayor extensión de esas decisiones por un espacio cada vez más amplio y diversificado” (1990, p. 171/172).

Para poder dar cuenta de ese complejo proceso de transición de la modernidad a la posmodernidad -o en términos de Ulrich Beck, segunda modernidad-; es necesario comprenderlo en el entramado de la construcción identitaria, es decir, cómo se incorpora esa diversidad -de mundos simbólicos plenos en contradicciones- de forma tal que las personas la puedan vivir como un todo *seguro y coherente*. La identidad supone dos dimensiones solo divisibles en términos analíticos (Melucci, 1982), una que tiene que ver con los procesos individuales de incorporación de sentidos en relación a la sociedad a la que se considera

pertenecer, y las marcas por las cuales la sociedad confirma o rechaza esa adscripción.

Es a ese juego al que se refiere Mariángela Rodríguez (1998) cuando considera que la identidad es un movimiento de auto y hetero reconocimiento / auto y hetero percepción. Estas clausuras simbólicas identitarias otorgan un principio de seguridad ontológica, en relación al grupo de pertenencia y a los grupos por los cuales se diferencia, que posibilita la construcción de principios de coherencia y cohesión, imposibles de lograr si se viviera en plena conciencia la inmediatez, fragilidad y vulnerabilidad en que se produce y reproduce la sociedad.

Procesos identitarios en sistemas modernos nacionales

El club social nace como institución en el marco del proceso político de consolidación del Estado Nacional argentino. Para poder comprender los procesos de conformación y cohesión propios de los sistemas nacionalistas, recurrimos a dos autores que desde postulados opuestos arrojan luz sobre ese fenómeno, nos referimos al concepto de “*comunidades imaginadas*” propuesto por Benedict Anderson (1991) y al de *nación* desarrollado por Ernest Gellner (1993).

La diferencia que existe entre ambos es que Gellner, realiza su análisis dimensionando la incidencia del sistema capitalista en la configuración de la nación; aspecto que Anderson restringe al capitalismo impreso, desarrollando en consecuencia otros fenómenos como la caída de los reinos monárquicos y las cosmovisiones religiosas universalistas. Esta mirada le permite comprender los mundos simbólicos que posibilitan la conformación de las naciones. Si bien es necesario marcar dichas distinciones, también es importante considerar los puntos de encuentro que existen entre uno y otro autor. Así, en lo que refiere a las representaciones sociales que posibilitan la conformación de los regímenes nacionalistas, ambos coinciden en que para que ese sistema se adopte y difunda, fue necesario que se produzca un cambio en las concepciones sociales de tiempo y espacio. Para que la nación surja como tal, advierte Anderson, se conforma la idea de un tiempo vacío, homogéneo, o en términos de Gellner, una amnesia colectiva. Esta noción

de tiempo es acompañada por una nueva concepción de espacio que abandona la percepción basada en extensas comarcas que se pierden en el horizonte, por una noción territorial de límites precisos propias del sistema moderno de acumulación capitalista.

Lo expuesto muestra que no se puede entender la identidad nacional como una *esencia*, sino en términos de Anderson, como construcción de una comunidad que la imagina y recrea según sus patrones hegemónicos de representación. Retomando las interpretaciones de David Harvey (1998), las nociones que le otorgan ese sentido único a la identidad homologada a una cultura o nación, deviene del pensamiento moderno que erige sus patrones culturales sobre nociones de tiempo y espacio regidas por la lógica tecnócrata del sistema capitalista. Es así como los sistemas nacionales inventan una identidad basada en una historia que avanza en el tiempo recolectando relatos que se integran en una trama lógica, y que les permite reconocerse posicionándose frente a los *otros*. Es por ello que, como indica Guillermo de la Peña (1995), la identidad nacional debe ser entendida como recreación producto de una situación histórica determinada. Luis Alberto Romero señala que para captar este encadenamiento de cambios y permanencias y la singular forma en que los procesos culturales acompañan a los sociales, resulta indispensable incorporar la noción de tradición:

“Si las cambiantes situaciones sociales conforman nuevas experiencias, las tradiciones permiten ensamblar lo viejo con lo nuevo, afirmando la continuidad. La identidad de los actores es, antes que una entidad estable y definida, un todo complejo y cambiante en el que en cada momento se combina un núcleo central, elementos novedosos aún no estructurados y otros residuales pero activos.”(Romero, 1987, p. 220)

Procesos identitarios en sistemas flexibles

El momento en que el club social llegó a su edad de oro, coincidió con el apogeo de los sistemas nación: las décadas del '40 y '50. El club social, enraizado en la consolidación histórica del Estado Nacional, sufrió

el período de deterioro que experimentó ese sistema; los '60, en consecuencia, significaron el comienzo de su decadencia. Los sistemas nacionales, cuyo organización se encontraba altamente burocratizada en lo que se llamó *Estado benefactor*, son amenazados por la paulatina *invasión* transnacional regida por políticas neoliberales que consideran que la injerencia de los gobiernos estatales se restrinja a regular o mediar entre los intereses privados y públicos (Milán, 1994). Estamos en presencia del expuesto proceso de flexibilización en la acumulación del capital, producido por diversos factores intrínsecamente relacionados. Con los avances tecnológicos, principalmente en materia de comunicación, se producen cambios profundos en cortos lapsos: los procesos de globalización que constituyen la actual conformación de sentido, rompen con los principios generadores de la concepción moderna del mundo.

El aniquilamiento del espacio por la velocidad del tiempo, provoca un nuevo cambio en las concepciones sociales sobre esas categorías: se derrumban las nociones espacio-temporales que estructuran los sistemas nacionales bajo territorios claramente definidos y la recreación de una historia lineal, única, que avanza regida por el progreso. Ese proceso tiene dos consecuencias:

-La penetración transnacional en los espacios nacionales conlleva la creación de una sociedad de consumo sin anclaje territorial, que propone nuevos espacios de poder en la negociación de los intereses privados con los Estados-Nacionales, así como la creación de nuevos mundos simbólicos de las industrias culturales.

-Como contracara de ese proceso global, se recrudecen los conflictos socioculturales al rasgarse el manto homogeneizador de las fronteras territoriales nacionales, siendo los más conflictivos y acuciantes los reclamos de los sectores sociales minoritarios y los cada día más numerosos sectores de excluidos (Castells, 1997; Beck, 1998; García Canclini, 1990).

Esos procesos, en consecuencia, pueden generar diferentes adscripciones identitarias según sea la relación que mantengan con la configuración de imaginarios nacionales y transnacionales. En ese juego dialéctico por la obtención de reconocimiento, se puede apreciar la

construcción, en términos de Beck, del lugar *glocal*, es decir, atravesado por representaciones nacionales, transnacionales y locales que, en el caso que proponemos analizar, hacen del club social un espacio potencial para la generación de prácticas negociadoras, contradictorias y/o cuestionadoras de prácticas e imaginarios hegemónicos.

Clubes sociales como espacios de construcción de identidad

Retomando el análisis de Luis Alberto Romero (1987), podemos decir que cada sujeto vive inmerso en un mundo de determinaciones propias de la estructura social y de las cuales surgen precisos intereses objetivos. Sin embargo, la relación entre la identidad y las situaciones es mediada:

“las situaciones son percibidas a través de un filtro conformado por experiencias previas e ideas recibidas, valores, actitudes, opiniones, prejuicios y saberes, un conjunto variado y contradictorio que le da a aquellas situaciones férreamente determinadas un sentido singular e indeterminado.” (1987, p. 204)

Este proceso conlleva un pasaje de lo individual a lo colectivo que necesariamente implica que los sujetos intercambien y confronten sus experiencias en ámbitos sociales específicos. Estos espacios contribuyen entonces a moldear y socializar las identidades en una dinámica en la cual las diversas experiencias individuales, a través de la memoria selectiva, logran incorporarse a la conciencia de la colectividad, para volver a operar como filtro de nuevas experiencias.

En este sentido, de nuestro trabajo de campo se desprende que todos los entrevistados, de una u otra forma, reconocen al club como un espacio de pertenencia en el cual sus historias individuales se cruzan con la de los colectivos de los cuales se sienten miembros: el barrio, la familia, los grupos de amigos. Esto se hace presente de manera explícita en los diferentes relatos, cuando se habla de la construcción de lazos de amistad a partir de experiencias comunes tales como la práctica de un

deporte, la participación en los conflictos de una institución o el simple hecho de compartir un espacio de recreación y charla.

Sin embargo, si bien entendemos que los clubes sociales conservan esta potencialidad para constituir ámbitos de creación y consolidación de identidades, también se hace evidente que en el marco actual ha perdido el rol preponderante que históricamente ejercían en las relaciones barriales e interurbanas. Esto se relaciona con alteraciones que vienen atravesando todas las instituciones de la sociedad en el contexto de fluidez que caracteriza a las relaciones en esta posmodernidad o modernidad tardía. Ignacio Lewkowicz (2004) identifica estas alteraciones como el pasaje del *paradigma Estado* al *paradigma mercado* y considera que las instituciones transitan la ruina del Estado como modo de ser, de hacer y de pensar:

“La alteración de la que hablábamos es el desfondamiento del Estado, la destitución de la meta- institución que proveía las condiciones y el requisito de reproducción. Entonces, no estamos en la ruina de las instituciones o crisis de las instituciones sino en el agotamiento de lo institucional mismo por desfondamiento de su condición estatal meta-institucional. (...)No digo que no existan instituciones, sino que lo que se llama institución no puede sostenerse en el esquema de su reproducción, conserva el nombre y acaso algo más.”(Lewkowicz, 2004)

El estado nación como mega institución actuaba como organigrama del conjunto de las instituciones, en una cadena en la cual los sujetos producidos por una eran necesitados por otra. Uno podía ir pasando a través de distintas situaciones ya que todas estaban regidas por la misma lógica: el conjunto de instituciones eran solidarias, orgánicas y funcionales al sistema del que formaban parte. Pero sin una instancia que coordine, los recursos subjetivos pertinentes para habitar una situación no son pertinentes para otra; la entrada en cada situación debe atravesar lo que el autor llama *momento de perplejidad*:

“En el momento de perplejidad no tenemos en nosotros el sitio en que albergar ese estímulo a través del cual se nos presenta el mundo. No se trata de responder sino de configurarse. Se responde con institución, se configura con organización, función.” (Lewkowicz, 2004)

En condiciones de fluidez el modelo de agrupación no es tanto la institución sino la organización, cuya eficacia esta dada por la velocidad para configurarse frente a estímulos, provocaciones, causas, que sobrevienen de modo contingente. Como las condiciones en que operan las organizaciones son inanticipables, ninguna configuración previa resulta adecuada a sus objetivos o sus funciones. Sólo pueden y por ende tienen que, confiar en su capacidad de configurarse en la ocasión a partir de su perplejidad.

Definida una organización por su capacidad de configurarse en cada circunstancia, cambian esencialmente los modos de pertenencia. En el caso de los clubes sociales, esto se verifica en que ya no es posible pensar en la pertenencia en términos binarios adentro-afuera; los sujetos transitan por estas y otras instituciones de una manera más flexible, en un modo de relación que se asemeja al de la oferta de servicios y satisfacción de necesidades. Del mismo modo en que la institución ha dado paso a la organización, los tipos de subjetividades que estos espacios recrean sufren una transformación similar. Esto no significa que no exista gente que se sienta fuertemente identificada con el club ni que solo puedan entablarse relaciones basadas en el consumo, sino que la pertenencia se configura y reconfigura constantemente de acuerdo a los cambiantes estímulos, necesidades y estrategias que surgen en la vida de los sujetos.

En los clubes analizados, aparecen diversos panoramas que implican una mayor o menor adaptación a este nuevo marco de situación. En un extremo encontramos a instituciones que han intentado mantenerse en su funcionamiento tradicional pese a los profundos cambios de la sociedad. Frente a la deserción de socios, la crisis económica, el cambio de la ciudad, los nuevos modos de comunicación, buscaron conservar su estructura interna, sus actividades características, su perfil de socios, sus

estatutos y sus reglamentos. Esto puede leerse como un intento de aferrarse a cierta sensación de solidez interna, tratando de convertir al club en un refugio frente a la fluidez, el dinamismo y el cambio exterior. Como resultado, la institución se cierra sobre si misma, se aísla del entorno cambiante que le rodea, sus miembros no se renuevan, y así van entrando en una crisis en la que cada vez encuentra menos oportunidades para salir. Es esta la situación que atraviesa, por ejemplo, el club Instituto: cada vez menos socios, una comisión directiva de personas muy mayores, amplios espacios deshabitados y números rojos en cuentas y balances.

Sin embargo, no todos los clubes presentan este panorama tan desolador. En Platense, por ejemplo, la matrícula de socios se multiplicó en los últimos años, al igual que la oferta de actividades, en paralelo a importantes mejoras edilicias y aperturas de nuevos espacios. Constituye un buen ejemplo de club *exitoso* en cuanto a su adaptación al contexto actual, lo cual se ha dado principalmente a través de un cambio en la organización interna de la institución. Las decisiones de la comisión directiva revelan un manejo de tipo gerencial, que busca *tercerizar* los servicios que presta, como una estrategia para optimizar la utilización de los espacios del club y fomentar la participación de los socios. Hablamos de tercerización en el sentido de que se trata de actividades que no son promovidas directamente por el club sino que están a cargo de profesores que cobran una cuota y pagan por su espacio. Por otro lado, estos cambios en la organización se han dado de un modo tal que el club conserva un fuerte arraigo con el barrio y la identificación histórica con la práctica de un deporte, el básquet, lo cual se verifica por ejemplo, en la movilización de gran cantidad de vecinos en los partidos. Por otro lado es significativa la ausencia de un quiebre generacional en la comisión directiva, lo que implica una importante presencia de jóvenes en la vida del club.

En la transición entre un modelo basado en la solidez de un Estado que garantizaba la vida institucional y un modelo que apuesta a la descentralización y la flexibilidad del mercado, los clubes sociales se definen entre refugiarse en la seguridad de la estructura interna o adaptarse a la incertidumbre del escenario actual. Se deciden, en

definitiva, entre la institución y la organización. En este mismo proceso, se transforman los tipos de subjetividades que en estos espacios se configuran, afectando de manera directa los modos de pertenencia y la constitución de las identidades sociales.

NOTAS

* En este artículo se presenta un adelanto de una investigación sobre “*Los clubes sociales en la ciudad posmoderna*”. Al mismo tiempo éste se enmarca en un proyecto mas amplio, dirigido por la doctora María Eugenia Rosboch denominado “*Los Clubes Sociales: hangares vacíos o potenciales espacios de reconstrucción y consolidación de vínculos urbanos*”.

Bibliografía

- Anderson, Benedict (1993). “*Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*”. Fondo de Cultura Económica, México
- Beck, Ulrich (1998). “*¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*”. Paidós, Barcelona.
- Berger P. y Lukman, R. “*La construcción social de la realidad*”, Bs. AS., Amorrortu, 1979.
- Castells, Manuel (1997). “*La era de la información, Vol. 1: la sociedad red*”. Alianza, Madrid.
- De la Peña, Guillermo (1995). “*El empeño pluralista: la identidad colectiva y la idea de nación en el pensamiento antropológico en Etnia y Nación en América Latina*”, Héctor Díaz Polanco (comp.). CONACULTA, México.
- Esteinou, Rosario (1994). “*Fuentes de solidaridad: familia y estado benefactor*” en *Solidaridad y producción informal de recursos*, R. Millán (comp.). Instituto de investigaciones Sociales, UNAM, México.
- García Canclini, Néstor (1990). “*Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*”. Grijalbo, México.
- Gelner, Ernest (1995). “*Antropología y Política: revolución en el bosque sagrado*”. Gedisa, Barcelona.
- Giménez, G. (1997). “*Materiales para una teoría de las identidades sociales*”. Mimeo. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México.
- Harvey, David (1990). “*La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*”. Amorrortu, Bs. As.

- Huergo, J. 2000. “*Ciudad, formación de sujetos y producción de sentidos*”. In: Revista Oficios Terrestres. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP. Año VI, (7/8):. La Plata.
- Lewkowicz, Ignacio (2004). “*Pensar sin estado. La subjetividad en la era de la fluidez*”. Paidós, Buenos Aires.
- Martín Barbero, Jesús (1987). “*De los medios a las mediaciones*”. Gilli, México
- Mouncaut, Carlos (1982) “*La Plata 1882-1982. Crónicas de un Siglo*”. Municipalidad de La Plata
- Romero, Luis Alberto. “*Sectores populares en ciudades de América Latina en el siglo XX: la cuestión de la identidad en Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales. Vol. 27*”. Julio – Septiembre de 1987.
- Reinato, Emir y Jorge Troisi Melean, (2002). “*Barrios y Clubes Platenses: Reconquista y Unión Vecinal. La Comuna, La Plata*”.
- Rodríguez, Mariángela (1998). “*Mito, identidad y rito. Mexicanos y chicanos en California*”. CIESAS, México.
- Schmucler, Héctor (1982). “*Memoria de la comunicación*”.
- Wallace, S y otros (1996). “*Caminante no hay camino..*”. en Revista Oficios terrestres N° 2 .Facultad Periodismo y Comunicación Social UNLP.
- Williams, Raymond (1994). “*Sociología de la cultura*”. Paidós, España, (2000). Marxismo y Literatura. Península/Biblos, Barcelona.

Resumen

Clubes Sociales: Espacios de reconstrucción y consolidación de identidades urbanas

En este trabajo presentamos un adelanto de nuestra tesis de grado, en actual desarrollo, en la cual nos proponemos estudiar el proceso de gestación y actual significación de los Clubes Sociales de la ciudad de La Plata. El objetivo de este trabajo es el de establecer qué potencialidades invisten estos espacios para la reconstrucción y consolidación de vínculos urbanos.

Consideramos de importancia el estudio de tales espacios ya que, dado los vínculos comunitarios que los originan, contienen la capacidad de generar diálogos transgeneracionales, interculturales, creación y transformación de subjetividades, apropiación identitaria y compromiso cívico-político.

En torno a la temática de la identidad, nos interesa profundizar en los distintos niveles de adscripción identitaria que atraviesa el club social según los

diferentes momentos históricos, la estrecha relación que guarda con el barrio en su proceso de gestación y la vinculación entre su etapa de popularización con la producción simbólica nacional, para llegar a reflexionar sobre la crisis actual de los clubes en el marco de un análisis mayor acerca del proceso de globalización y la ruptura que implica el tránsito de un modelo moderno a uno posmoderno de pensar y vivir la ciudad

Palabras clave: Clubes Sociales- Identidad- Modernidad

Abstracts

Social Clubs: Reconstruction spaces and the consolidation of urban identities

In this work we present an advancement of our degree tesis, in progress, in which we will study the process of appearance and present meaning of the Social Clubs in La Plata city. The objective of this work is to establish which is the potencial that this spaces have for the reconstruction and consolidation of urban links.

We think its important the study of those spaces because the communities links that gave them origin have inside itself the capacity of generating transgenerational, intercultural dialogs, creation and transformation of subjetivities, identity appropriation and civic-politic compromise.

Around the identity issue, we are interested in deepening the many levels of identity adscription that goes through the social club in different historical moments, the close relationship that keeps with the neighborhood in its process of generation and the link between its “popularization” stage with the national symbolic production to think about the present crisis of the clubs in the mayor frame of the globalization process and the rupture that implies the transit from a modern way of thinking and living in the city to a posmodern one.

Keywords: Social Clubs- Identity- Modernity